



Solenoide



MIRCEA CĂRTĂRESCU

*Traducción del rumano a cargo de
Marian Ochoa de Eribe*

*Posfacio a cargo de
Marius Chivu*



IMPEDIMENTA



*Un hombre de sangre roba en la cima lodo
Y forja con él su fantasma
De sueños, de sombra y de aroma,
Y vivo lo baja en ofrenda.
Pero el sacrificio tan inútil resulta
Como bello el canto del libro.
Amado libro, tan infecundo,
No ofreces respuesta a ninguna pregunta.*

TUDOR ARGHEZI, *Ex libris*

PRIMERA PARTE

L He cogido piojos otra vez. Ni siquiera me sorprende, ya no me asusta, ya no siento asco. Solo me pica. Liendres tengo todo el tiempo, caen de mi cabeza cada vez que me peino en el baño: huevitos de color nacarado que brillan oscuros en la porcelana del lavabo. Algunas se quedan prendidas entre las púas del peine y las limpio con un cepillo de dientes viejo, el del mango enmohecido. Soy profesor en una escuela de las afueras, así que es imposible no coger piojos. La mitad de los niños tienen piojos. Se los encuentran al comienzo del curso, en la consulta del médico, cuando la enfermera les examina el cabello con los movimientos expertos de los chimpancés; solo que ella no tritura con los dientes la corteza de quitina de los insectos capturados. Recomienda a los padres, en cambio, una solución blancuzca-lechosa que despide un olor químico, la misma que utilizamos los profesores. Toda la escuela acaba oliendo, al cabo de unos días, a solución antipiojos.

De todas formas, tampoco es tan grave, al menos no tenemos chinches, hace mucho que ni siquiera se ven. Las recuerdo bien, las vi por primera vez con mis propios ojos cuando tenía unos tres años, en la casita de Floreasca donde vivimos entre el 59 y el 60. Me las enseñaba mi padre cuando levantaba de repente el colchón. Eran unas bolitas rojizas, duras y brillantes como los frutos del bosque o como esas bolitas negras de la hiedra que no había que meterse en la boca. Solo que

las bolitas escondidas entre el colchón y la estructura de la cama salían corriendo hacia las esquinas oscuras, tan asustadas que me daba la risa. Me encantaba que, cuando tocaba cambiar las sábanas, mi padre levantara el pesado colchón para poder contemplar a aquellos animalitos regordetes. Me reía entonces de tan buena gana que mi madre, que me llevaba todavía con el pelo largo lleno de ricitos, me cogía siempre en brazos y escupía¹ para espantar el mal de ojo. Mi padre traía entonces la bomba insecticida y les lanzaba tal chorro maloliente a las chinches escondidas en los huecos de la madera que las dejaba fritas. Me gustaba el olor de la madera de la cama, abeto rezumante todavía de resina. Me gustaba incluso el olor a insecticida. Luego mi padre dejaba caer el colchón y aparecía mi madre con las sábanas. Cuando las extendía sobre la cama, se hinchaban como un buñuelo enorme en el que me encantaba meterme. Dejaba que la sábana se fuera depositando lentamente sobre mí, que se pegara a mi pequeño cuerpo, pero no de cualquier manera, sino dibujando complicadas arrugas y arruguitas. Por aquel entonces, las habitaciones eran grandes como naves y en su interior daban vueltas dos personas gigantes que, no se sabe por qué, se ocupaban de mí: mi madre y mi padre.

Pero no recuerdo las picaduras de las chinches. Mi madre me decía que son como circulitos rojos con un punto blanco en el centro. Y que la sensación era más de ardor que de picor. No lo sé, la cuestión es que mis alumnos me contagian sus piojos cuando me inclino sobre sus cuadernos, es algo así como una enfermedad profesional. Llevo el pelo largo desde la época en que quería convertirme en escritor. Eso es lo que conservo de mi carrera como tal, las melenas. Y el jersey de cuello vuelto, como el del primer escritor que vi y que se convertiría para mí en la imagen, gloriosa e intocable, del autor: el de *Desayuno con diamantes*. Mi cabello siempre se roza con el de las niñas, rizado y lleno de lacitos. Y por esos hilos duros, semitransparentes, suben los insectos. Sus garras tienen la curvatura de una hebra de cabello a la que se aferran a la perfección. Se pasean luego por el cuero cabelludo, donde

1. No se trata de escupir exactamente. Es un gesto con la lengua entre los labios para evitar el mal de ojo. (*Todas las notas son de la traductora.*)

depositan sus excrementos y sus huevos. Pican la piel jamás acariciada por el sol, de un blanco immaculado, como de pergamino. Ese es su alimento. Cuando los picores se vuelven insoportables, abro el agua caliente de la bañera y me dispongo a exterminarlos.

Me gusta el ruido del agua en la bañera, ese burbujeo tumultuoso, la caída turbulenta de millones de gotas y chorros que giran en espiral, el rugido del turbión vertical en la gelatina verde del agua que crece a un ritmo infinitesimal, conquistando las paredes de la bañera gracias a crecidas que bloquean e invaden bruscamente, como si fueran infinitas hormigas transparentes bullendo en la selva amazónica. Cierro el grifo y se hace el silencio, las hormigas se funden unas en otras y el zafiro blando como la gelatina se queda inmóvil, me mira como un ojo cristalino y me espera. Desnudo, entro con voluptuosidad en el agua. Sumerjo inmediatamente la cabeza, siento cómo las paredes de líquido suben de forma simétrica por mis mejillas y por mi frente. El agua me atenaza, es dura, me obliga a levitar en el centro. Soy la semilla de un fruto de carne verde-azulada. Mi cabello se extiende hasta los bordes de la bañera como un pájaro negro abriendo sus alas. Las hebras se rechazan, cada una de ellas es independiente y flota, empapada de repente, entre las demás, sin tocarlas, como los tentáculos de las estrellas de mar. Muevo bruscamente la cabeza a uno y otro lado para sentir cómo las hebras se tensan, se extienden por el agua densa y adquieren peso, un peso sorprendente. Resulta difícil sacarlas de sus alvéolos de agua. Los piojos se agarran con fuerza a los troncos gruesos, formando un todo. Sus rostros inhumanos muestran una especie de perplejidad. Sus caparazones están compuestos por la misma sustancia que las hebras de pelo. Se empapan también en la sustancia caliente, pero no se disuelven. Los tubos respiratorios colocados simétricamente en el borde de los troncos gofrados están bien cerrados, como las fosas nasales de las focas. Floto inmóvil en la bañera, relajado como un preparado anatómico, la piel de los dedos se hincha y se arruga. También yo soy blando, como si estuviera recubierto de quitina transparente. Las manos, libres, flotan en la superficie. El sexo tiende asimismo a elevarse, como un tapón de corcho. Es tan extraño tener un cuerpo, existir en un cuerpo...

Me incorporo y empiezo a enjabonarme el cabello y el cuerpo. Mientras tenía las orejas sumergidas en el agua escuchaba claramente las conversaciones y los golpes en los apartamentos contiguos, pero como entre sueños. Ahora tengo tapones de gelatina en los oídos. Me froto el cuerpo con las manos llenas de jabón. Mi cuerpo no me resulta erótico. Es como si mis dedos no recorrieran mi cuerpo sino mi mente. Mi mente vestida de carne, mi carne vestida de cosmos.

Al igual que me pasa con los piojos, no me llevo ninguna sorpresa cuando llego al ombligo. Hace ya varios años que me sucede. Al principio me asusté, por supuesto, porque había oído que el ombligo se te puede reventar. Pero a mí nunca me había causado problemas, porque mi ombligo no era más que un hueco en el vientre «pegado a la columna vertebral», como decía mi madre. Al fondo de este hueco había algo desagradable al tacto que nunca me había preocupado seriamente. El ombligo no era más que ese huequito de la manzana del que nace el rabito. También nosotros crecimos como un peciolo atravesado por venillas y arterias. Pero unos meses antes, mientras pasaba deprisa los dedos sobre este accidente de mi cuerpo para lavarlo, noté algo raro, algo que no debía estar allí: una especie de botoncito que me arañó la punta del dedo, algo inorgánico, algo que no formaba parte de mi cuerpo. Estaba incrustado en el nudo de carne pálida que se abría, asombrado, como un ojo entre los párpados. Por primera vez lo miré con más atención, debajo del agua, separando con los dedos el borde de la grieta. Como no lo veía bien, me puse en pie, y la lente de agua del ombligo se escurrió lentamente. «Dios mío», me decía sonriente, «he llegado a contemplar mi propio ombligo...» Sí, era una especie de nudo pálido que en los últimos tiempos se había vuelto bastante más prominente porque, cerca ya de los treinta años, los músculos de la tripa habían empezado a relajarse. Una de las incrustaciones, del tamaño de la uña de un niño, del interior de uno de los pliegues del nudo, resultó ser simple porquería. Pero por el otro lado, rígido y doloroso, asomaba el pequeño muñón negro-verdoso que había rozado con la punta del dedo. No comprendía qué podía ser. Intenté atraparlo con la uña pero, al tirar, sentí un dolorcillo que me asustó: tal vez se trataba de una verruga, y no estaría bien rasgarla. Me esforcé por olvidarme

de ella y dejarla allí donde había nacido. A lo largo de la vida nos van saliendo muchos lunares, verrugas, huesos muertos y otras miserias que acarreamos con paciencia, por no hablar de las uñas y del pelo ni de los dientes que se nos caen: trozos que ya no nos pertenecen y que adquieren vida propia. Conservo todavía, gracias a mi madre, en una cajita de pastillas de menta, todos mis dientes de leche, y también gracias a ella guardo las trenzas de cuando tenía tres años. Esas fotos nuestras, con la película levantada y unos bordes dentados como los de los sellos, son también testimonios: nuestro cuerpo se interpuso certamente, en algún momento, entre el sol y la lente de la cámara de fotos, dejando en la película una sombra como la que despliega la luna, durante un eclipse, sobre el disco solar.

Pero al cabo de una semana, también en la bañera, reparé de nuevo en ese ombligo, pero esta vez lo notaba raro e irritado: el trocito no identificado se había alargado un poco y parecía diferente, más inquietante que doloroso. Cuando nos molesta una muela, solemos toquetearla con la lengua aun a riesgo de provocarnos incluso un dolor más agudo. Todo aquello que se sale de lo habitual en el mapa sensible de nuestro cuerpo nos solivianta y nos crispa y necesitamos escapar a toda costa de esa sensación molesta que no nos deja en paz. Algunas veces, por la noche, al acostarme, me quito los calcetines y siento que la piel carnosa, amarilla-transparente, de la parte lateral del dedo gordo se ha endurecido. Agarro esa protuberancia con los dedos, tiro de ella una media hora hasta que consigo desgarrar un borde, y sigo tirando, con las yemas de los dedos doloridas, cada vez más irritado y más preocupado, hasta que arranco una capa gruesa, vidriosa, con estrías como las de las huellas dactilares: un centímetro entero de piel muerta que acaba colgando de mi dedo sin gracia alguna. No puedo seguir tirando porque llego hasta la piel invadida de debajo, hasta el yo que siente el dolor, pero tengo que acabar con esa desazón, ese desasosiego. Cojo unas tijeras y la corto, luego la contemplo largo rato: una capa blanca que he generado yo mismo sin saber cómo, así como tampoco sé cómo he fabricado mis huesos. La doblo con los dedos, la olisqueo, huele vagamente a amoniaco. Ese trocito orgánico pero muerto, muerto desde que formaba parte de mí y añadía unos cuantos gramos

a mi peso, me sigue causando disgusto. No me apetece tirarla, así que apago la luz y me acuesto con ella entre los dedos, para olvidarlo todo por completo al día siguiente. Sin embargo, durante un tiempo cojeo levemente: me duele el punto de donde me la he arrancado.

Así que empecé a tirar con suavidad del grano que salía del ombligo hasta que, inesperadamente, me quedé con él en la mano. Era un cilindro de medio centímetro de largo y del grosor de una cerilla. Parecía ennegrecido desde hacía mucho, enmohecido y sucio, oscurecido por el paso del tiempo. Era algo antiguo, momificado, jabonoso, cómo demonios saberlo... Lo coloqué bajo el chorro de agua del lavabo y la capa de mugre desapareció, de modo que pude apreciar que aquella cosa había sido más bien amarilla-verdosa. La guardé en una caja de cerillas vacía. Parecía la cabeza quemada de un fósforo.

Al cabo de unas semanas, volví a extraer de mi ombligo reblandecido por el agua caliente otro fragmento, el doble de largo esta vez, de la misma sustancia dura y alargada. Entonces me di cuenta de que se trataba del extremo flexible de un cordel formado por gran cantidad de hebras. Era cordel, cordel ordinario, de embalar. Ese con el que veintisiete años antes me habían anudado el ombligo en la maternidad miserable, proletaria, en la que nací. Mi ombligo lo abortaba ahora lentamente, un trocito cada dos semanas, un trocito al mes, y luego otro al cabo de tres meses. El de hoy es el quinto que extraigo con delicadeza y voluptuosidad. Lo estiro, lo limpio con la uña, lo aclaro en el agua de la bañera. Es el trozo más largo hasta el momento y confío en que sea el último. Lo deposito en la caja de cerillas junto a los demás: están tranquilos, amarillo-verdoso-negros, retorcidos, con los extremos ligeramente deshilachados. Cáñamo, el mismo con el que se fabrican las bolsas de malla para las amas de casa, esas que les cortan las manos cuando están llenas de patatas, ese con el que se atan los paquetes. Hacia el 15 de agosto solíamos recibir un paquete de los parientes de mi padre del Banat: pasteles de semillas de amapola y miel. La cuerda desatada, marrón-verdosa, que lo rodeaba era mi mayor alegría: ataba con ella los picaportes de las puertas para que mi madre no tuviera otro hijo. En cada picaporte hacía decenas, centenares de nudos.

Me olvido del cordel del ombligo y salgo de la bañera chorreando agua. Cojo el frasco de la loción antipiojos y vierto sobre mi cabeza un centímetro de su contenido oloroso. Me pregunto en qué clase los habré cogido, como si eso tuviera alguna importancia. Quién sabe, quizá la tenga. Tal vez en las diferentes calles del barrio y en las diferentes clases de la escuela haya piojos de especies distintas, de tamaños distintos.

Me enjuago esa sustancia asquerosa y empiezo luego a peíname encima del lavabo, cuya porcelana brilla, limpísima. Y, de repente, los parásitos empiezan a caer: dos, cinco, ocho, quince... Son extremadamente pequeños, cada uno está envuelto en su propia gotita de agua. Haciendo un gran esfuerzo, distingo sus cuerpos de vientre ancho con tres patitas a cada lado que se agitan todavía. Su cuerpo y mi cuerpo, mientras estoy desnudo y húmedo, inclinado sobre el lavabo, están formados por los mismos tejidos orgánicos. Tienen órganos y funciones análogos. Tienen ojos que ven la misma realidad, patas que los llevan por el mismo mundo infinito e incomprensible. Quieren vivir, como quiero también yo. Los elimino de la pared del lavabo con un chorro de agua. Descienden por los sifones inferiores y llegan a los canales subterráneos de la ciudad.

Me acuesto, con el cabello todavía húmedo, junto a mis pobres tesoros: la cajita de pastillas de menta con los dienteitos de leche, las fotos de cuando era pequeño y mis padres estaban en la flor de la vida, la caja de cerillas con las cuerditas que han salido de mi ombligo, mi diario. Vuelco, como hago tantas noches, los dientes en la palma de la mano: piedritas nítidas, todavía muy blancas, que estuvieron una vez en mi boca, con las que comí, pronuncié palabras y mordí como un perro. Tantas veces me he preguntado cómo sería conservar en una bolsa mis vértebras de los dos años o las falanges de mis dedos de los siete...

Guardo los dientes en su sitio. Querría contemplar algunas fotos, pero no puedo más. Abro el cajón de la mesita y lo meto todo allí, en la caja de «piel de serpiente» amarilleada que contuvo en otra época una máquina de afeitar, una brocha y una caja de cuchillas Astor. Ahora conservo ahí mis pobres tesoros. Me cubro la cabeza con el

edredón e intento quedarme dormido, tal vez para siempre. El cuero cabelludo ya no me pica. Además, como ha sucedido hace poco, espero que no vuelva a suceder también esta noche.

2 Estaba pensando en los sueños, en los visitantes, en toda esa locura, pero no ha llegado todavía la hora de contarlo. De momento volveré a la escuela en la que trabajo, ya ves, desde hace más de tres años... «No seré profesor durante toda la vida», me decía, lo recuerdo como si fuera hoy, mientras regresaba en el tranvía, en plena tarde de verano de nubes nacaradas, desde allí, desde las afueras de Colentina, adonde había ido para ver por primera vez mi escuela. Pero, ya ves, no ha ocurrido ningún milagro y hay muchas posibilidades de que siga así. Al fin y al cabo, tampoco ha estado tan mal hasta ahora. Aquella tarde en la que, inmediatamente después de la adjudicación de las plazas, fui a ver mi escuela, tenía veinticuatro años y pesaba más o menos el doble de kilos. Estaba increíble y terriblemente escuálido. El bigote y el pelo largo, de un tono cobrizo en aquella época, solo conseguían infantilizar más aún mi rostro, así que, si me veía de repente reflejado en un escaparate o en las ventanillas del tranvía, creía estar contemplando a un alumno de instituto.

Era una tarde de verano, la ciudad rebosaba luz, como un vaso lleno de agua hasta el borde. Cogí el tranvía en Tunari, frente a la Dirección General de Policía. Pasé junto al bloque de mis padres en Ștefan cel Mare, donde vivía también yo. Miré, como de costumbre, la fachada infinita para tratar de distinguir la ventana de mi habitación,

forrada con un papel azul para que no entrara el sol. Luego pasé junto a la valla metálica del Hospital de Colentina. Los pabellones de los enfermos se alineaban en el gran patio como navíos de hormigón. Tenían formas distintas, como si las diversas enfermedades de sus habitantes hubieran dictado la extraña arquitectura de las construcciones. O tal vez el arquitecto de cada pabellón hubiera elegido a un paciente aquejado por una cierta enfermedad y hubiera imaginado el edificio que representara, simbólicamente, su sufrimiento. Los conocía todos, al menos dos me habían alojado a mí también. Además, justo en el extremo derecho del patio reconocí, estremecido, el edificio rosa de muros delgados como una hoja de papel que albergaba el pabellón de enfermedades neurológicas. Allí permanecí ingresado un mes, ocho años atrás, por una parálisis facial que todavía hoy me molesta de vez en cuando. Muchas noches aún deambulo en sueños entre los pabellones del Hospital de Colentina, entro en edificios desconocidos y hostiles, con las paredes cubiertas con láminas de anatomía...

El tranvía pasaba luego junto a los antiguos Talleres ITB, donde mi padre había trabajado como cerrajero durante una temporada. Pero delante de ellos habían construido unas casas, así que ahora apenas se veían desde la carretera. En la planta baja de uno de los bloques había un dispensario médico, justo frente a la parada Doctor Grozovici. Allí solía ir en otra época a ponerme las inyecciones de vitamina B1 y B6, a raíz de la parálisis de los dieciséis años. Mis padres me hacían entrega de las ampollas y me decían que no se me ocurriera volver sin ponerme las. Se olían algo. Al principio las tiraba por el hueco del ascensor y a ellos les decía que me las habían puesto, pero esto no funcionó demasiado tiempo. Al final no me quedó otra que ponerme las. Salía hacia el dispensario, ya de noche, con la muerte en el alma. Iba caminando, todo lo despacio que podía, el trayecto que cubrían dos estaciones de tranvía. Al igual que los días en que tenía que ir al dentista, esperaba que sucediera algo inesperado y que la consulta estuviera cerrada, el edificio derrumbado, que hubiera fallecido el médico o que una avería eléctrica impidiera el funcionamiento del torno y de las luces sobre el sillón del dentista. Sin embargo, nunca sucedía el milagro. El dolor me esperaba allí, íntegro, con su aura sangrienta. La primera

enfermera de Grozovici que, entrada la noche, me puso la inyección era guapa, rubia e iba muy arreglada, pero su sola presencia me hizo sentir pánico. Era de las que te miraban el trasero desnudo con total desprecio. No era la idea del dolor que sentiría enseguida, sino el asco de aquella mujer hacia el crío con el que iba a mantener una relación íntima (aunque se tratara solo de clavarle una aguja en la nalga) lo que liquidaba rápidamente mi vaga excitación; mi sexo renunciaba al esfuerzo de levantar un poco la cabeza para ver mejor. Me quedaba esperando la inevitable humedad en la piel que iba a ser martirizada, los tres o cuatro cachetes con la palma de la mano, y después el impacto de la aguja clavada en la carne, poniendo siempre buen cuidado en que la punta tocara algún nervio, alguna vena, en hacerte un daño duradero, memorable, incrementado luego por el veneno que descendía por la canaladura de la aguja para difundir el ácido sulfúrico por toda la nalga. Aquello era horrible. Tras las inyecciones de la enfermera rubia, me pasaba toda la semana cojeando.

Por suerte, esta enfermera, probablemente sadomasoquista con sus amantes, se alternaba en el dispensario con otra, también difícil de olvidar pero por motivos muy distintos. Y es que en cuanto veías a esta mujer, te llevabas un susto de muerte porque carecía de nariz. Pero no lo disimulaba con vendaje alguno ni tampoco con una nariz postiza; tenía, en medio del rostro, un orificio ancho, vagamente dividido en dos compartimentos. Era menuda como un pollito, morena y con unos ojos que tal vez habrían llamado la atención por su ternura si el aspecto de calavera de su rostro no resultara del todo desconcertante. Cuando me tocaba la rubia, me hacía pasar de inmediato. En la sala de espera no solía haber ni un alma. En cambio, la enana sin nariz parecía tener un éxito fuera de lo común: la sala estaba siempre abarrotada de gente, tan llena como una iglesia en la noche de Pascua. Volvía a casa desde el dispensario sobre las dos de la madrugada. Muchos de los pacientes que esperaban a entrar le llevaban flores. Cuando la enfermera aparecía en la puerta, la gente sonreía, feliz. Yo también creo que, probablemente, era la que mejor mano tenía. Cuando al fin me llegaba el turno y me apoyaba sobre el hule de la camilla con los pantalones bajados, el perfume de las flores que, envueltas todavía en el celofán,

colmaban siete u ocho jarrones alineados a lo largo de las paredes, me mareaba. Aquella mujer extraordinariamente morena me hablaba en un tono tranquilo y monótono, luego me tocaba un momento la nalga con la mano y... eso era todo. No sentía la aguja y percibía la difusión del suero por el músculo tan solo como un calor leve. Todo pasaba en unos pocos minutos y volvía a casa animado y feliz. Mis padres me miraban con recelo: ¿habría vuelto a tirar la ampolla por ahí?

Venía luego el cine Melodia, justo antes de Lizeanu. Yo me apeaba en la parada siguiente, en Obor, para cambiar a un tranvía procedente de Moșilor que circulaba en perpendicular respecto a Ștefan cel Mare y que se perdía hacia el fondo de Colentina.

Conocía bien esos lugares, eran en cierto modo mi territorio. Mi madre hacía la compra en Obor. Cuando era pequeño, yo solía acompañarla en sus paseos entre aquella marea de gente que abarrotaba la antigua plaza. El mercado del pescado, donde el tufo era insoportable, luego la nave central, con sus bajorrelieves y mosaicos que reproducían escenas incomprensibles, por último la fábrica de hielo, donde los trabajadores manejaban unos bloques de hielo blancos por el centro y milagrosamente transparentes en los extremos (como si se hubieran disuelto para siempre en el aire de alrededor), eran, para mis ojos de niño, fantásticas ciudadelas de otro mundo. Allí, en la soledad del lunes por la mañana en el mercado de Obor, caminando de la mano de mi madre, vi el cartel, pegado a un poste, que me perseguiría después durante tanto tiempo: un pulpo gigante salía de un platillo volante y estiraba los tentáculos hacia un astronauta que caminaba por un planeta rojo, lleno de piedras. Justo encima ponía: «EL PLANETA DE LAS TORMENTAS». «Es una película —me explicó mi madre—. Habrá que esperar a que la echen cerca de casa, en el Volga o en el Floreasca.» A mi madre le daba miedo el centro de la ciudad, y solo salía del barrio cuando no le quedaba otro remedio: por ejemplo, cuando tenía que comprarme, en Lipsani, el uniforme escolar compuesto por una camisa a cuadros y unos pantalones con las rodillas dadas de sí, como si se los hubiera puesto antes alguien en la fábrica.

También me resultaba familiar Colentina, con las casas derruidas a la izquierda y la fábrica de jabón Stela a la derecha, donde fabricaban

las marcas de jabón de lavar Cheia y Cămila. El olor a sebo rancio que desprendía la fábrica se extendía por todo el barrio. Seguía el edificio de ladrillo de la fábrica de textiles Donca Simo, en cuyos telares había trabajado mi madre en otra época, y luego unos almacenes de madera. La calle, miserable y desoladora, se perdía en el horizonte, en medio del bochorno estival, bajo los cielos gigantes, blanquecinos, que solo se ven sobre Bucarest. De hecho, yo nací allí, en el barrio de Colentina, en el arrabal, en una maternidad ruinoso improvisada en el antiguo edificio de un medio garito, medio burdel, de antes de 1944, y pasé mis primeros años por Doamna Ghica, entre un laberinto de callejuelas digno de un gueto judío. Mucho más adelante regresé allí, a Siliistra, con una cámara, y tomé unas cuantas fotografías —que no salieron— de la casa de mi infancia. Esa zona ya no existe, ha sido borrada, con mi casa y todo, de la faz de la tierra. ¿Qué hay ahora en ese lugar? Bloques de pisos, naturalmente, como en todas partes.

Cuando el tranvía 21 dejó atrás Doamna Ghica, nos internamos en un país extranjero. Las casas de los márgenes empezaban a escasear, se veían lagunas sucias y mujeres con faldas fruncidas lavando alfombras en la orilla. Sifonerías y panaderías, bodegas y pescaderías. Una calle vacía, desoladora, interminable, diecisiete paradas de tranvía, la mayoría sin marquesina y sin sentido, como apeaderos de tren en medio del campo. Madres con vestidos estampados, con una niña de la mano, caminando hacia ninguna parte. Algún carro cargado de botellas vacías. Depósitos de bombonas de butano donde se hacía cola, durante la noche, para el día siguiente. Calles perpendiculares, polvorientas, como de pueblo, con moreras a ambos lados. Cometas enredadas en los cables eléctricos entre postes de madera petrolados.

Llegué hasta el final de la línea tras hora y media de traqueteo en el tranvía. Creo que en las tres o cuatro últimas paradas estuve solo en el vagón. Bajé en una gran rotonda, allí giraban los tranvías para regresar de nuevo, *sistíficos*, por Colentina. El día declinaba pero seguía siendo ambarino y espectral, sobre todo debido al silencio. Aquí, al final de la línea 21, no había ni un alma. Naves industriales, largas y cenicientas, de ventanas estrechas, una torre de agua en el horizonte, un jardín —con unos frutales literalmente negros a causa del petróleo y

los gases de los tubos de escape— en el interior del círculo amplio que formaban los raíles. Dos tranvías vacíos, inmóviles uno junto al otro, sin conductor. Un quiosco de billetes cerrado. Fuertes contrastes entre la luz rojiza y la sombra. ¿Qué estaba buscando allí? ¿Cómo podría vivir en un lugar tan alejado de todo? Eché a andar hacia la torre de agua, llegué hasta su base, donde había una puerta con un candado, contemplé con la cabeza echada hacia atrás la esfera que brillaba en el cielo, al final del cilindro de revoque blanco. Seguí avanzando hacia... la nada, hacia el vacío... Allí terminaba, me parecía a mí, no ya la ciudad, sino la realidad en sí misma. Una calle que se abría hacia la izquierda señalaba, en una plaquita, el nombre que buscaba: Dimitrie Herescu. En algún punto de esta calle tenía que encontrarse la escuela, mi escuela, mi primer trabajo, donde debería presentarme el 1 de septiembre, dos meses más tarde. El edificio pintado de verde y rosa de una Automecánica no conseguía atemperar el ambiente pueblerino del lugar: casas con tejas, patios de cercas podridas, perros atados, flores de arrabal. La escuela quedaba a la derecha, a unas cuantas casas de la Automecánica, y también estaba, por supuesto, desierta.

Se trataba de una escuela pequeña, un híbrido en forma de L, con un ala antigua, agrietada y con las ventanas rotas; al fondo de un pequeño patio, un edificio nuevo, más desolador aún. En el patio, una canasta de baloncesto torcida y sin red. Abrí la cancela y entré. Di unos cuantos pasos por el asfalto del patio. El sol estaba empezando a ponerse, así que un nimbo de rayos se había posado sobre el tejado del edificio antiguo. Brotaban desde allí tristes y, en cierto modo, negros, pues no iluminaban nada, sino que más bien acentuaban la soledad inhumana del lugar. Tenía el corazón en un puño: entraría en esta escuela inerte como una morgue, avanzaría, con mi cuaderno de notas bajo el brazo, por los pasillos pintados de verde oscuro, subiría al primer piso y atravesaría el umbral de la puerta de una clase desconocida en la que treinta niños extraños, más extraños que si pertenecieran a una especie diferente a la mía, me estarían esperando. Tal vez me estaban esperando ya entonces, callados en sus pupitres, con sus plumieres de madera, con sus cuadernos forrados con papel azul. Esta idea me puso los pelos de punta y abandoné aquella calle casi corriendo. «De

todas formas, no seré profesor toda la vida», me dije mientras el tranvía me llevaba de vuelta al mundo blanco, mientras dejaba atrás las paradas y las casas empezaban a amontonarse y la gente volvía a poblar la tierra. «Como mucho un año, hasta que me contraten en alguna redacción, en alguna revista literaria.» Y, ciertamente, durante mis tres primeros años de profesor en la escuela 86 no hice nada más que alimentar esa ilusión, como esas madres que siguen dando de mamar a sus hijos bien pasada ya la época del destete. Mi ilusión maduró hasta alcanzar mi edad, pero no podía evitar —y en cierto sentido tampoco puedo evitarlo hoy en día— abrirle mi pecho, al menos de vez en cuando, para que me canibalizara con voluptuosidad. Han pasado los años de prácticas. Pasarán otros cuarenta y acabaré jubilándome aquí. Al fin y al cabo, hasta el momento tampoco ha estado tan mal. He pasado largos períodos sin piojos. No, pensándolo bien, en esta escuela no me ha ido tan mal, tal vez al final todo haya sido incluso para bien.